

sistema bien combinado. Isabel había esperado siempre ver restablecida la paz; así es que con la conducta de Felipe se vio engañada, sorprendida y terriblemente amenazada.

Los caudillos de la Liga, enterados de todo, quisieron obtener en Francia un triunfo parecido al que en el exterior habían conseguido, animados como estaban de la mas orgullosa confianza. Los diez y seis, de acuerdo con los Guisais, que entre tanto se habían acercado á Paris, revistaban en secreto 20,000 hombres armados, que distribuyeron en cinco distritos al frente de cada uno de los cuales pusieron un comandante. En la noche del 24 al 25 de abril de 1588 debía estallar la sublevación; pero este proyecto fué descubierto por el rey, el cual llamó á toda prisa á Paris 4,000 suizos enteramente adictos á su persona.

En vista de esto, los de la Liga concibieron otro plan, proponiéndose obrar á la plena luz del día. En 9 de mayo, Enrique de Guisa se presentó en Paris, infringiendo el mandato del rey, y fué recibido por el pueblo con grandes muestras de júbilo y acogido como príncipe y salvador. Recorriendo un día el arabal de San Dionisio, fué á su paso saludado con las aclamaciones de «¡Viva Guisa! ¡Viva la columna de la Iglesia!» Las jóvenes damas, olvidando las reglas del decoro y de la moralidad, le besaban y saludaban con cariñosas palabras. Alucinado por el favor con que le acogía el pueblo, llevó su audacia hasta visitar al mismo rey en el Louvre. Aquel momento era decisivo, y Enrique todavía hubiera podido hacer inofensivo al de Guisa; pero al débil monarca le faltó el valor para pedir á su súbdito desobediente cuentas de su audacia; y desde entonces ya no fué Enrique de Valois, sino Enrique de Guisa el señor de Paris. El rey creyó poder salir de tan humillante y peligrosa situación, llamando al interior de la capital á los 4,000 suizos y 2,000 guardias franceses que hasta entonces habían estado acuartelados en los arrabales. Aun estaba en su mano evitar el levantamiento, para lo cual no tenía que hacer sino mandar prender por estas fuerzas al de Guisa, y en todo caso, si este oponía resistencia, disponer que le dieran muerte; pero de nuevo dejó pasar la ocasión propicia, hasta que, en 12 de mayo de 1588, el de Guisa y sus amigos levantaron en armas, en la ciudad, á todos sus partidarios (1). En un momento, se formaron en todas las calles barricadas construidas con toda la habilidad del pueblo de Paris. Los soldados, á quienes se había dado el órden de mantenerse á la defensiva, permanecieron inactivos hasta que el pueblo, cada vez mas envalentonado, se precipitó sobre ellos. En las luchas que se traban por las calles, siempre salen vencidas las tropas que se mantienen á la defensiva; solo un atrevido ataque puede darles la victoria. Los mercenarios de Enrique III, en parte vendidos á los Guisais, y que sin defensa ni dirección debían aguantar el fuego y las pedradas que desde las calles, ventanas y tejados les dirigían los rebeldes, arrojaron las armas y pidieron gracia. A la influencia del de Guisa tuvieron que agradecer su vida y el poder recobrar sus armas; Guisa, por su parte, no se atrevió á hacer prisionero al rey, como estaba en su mano, pero le impuso condiciones que pusieron á Enrique y por tanto á toda la Francia bajo la completa dominación de la Liga. Enrique III, viendo que al día siguiente continuaba aun la rebelión, creyó que lo mejor que podía hacer era huir de Paris, y así lo hizo, lo cual realmente era el único medio de salvar su independencia y su corona. Con ello claro es que dejaba la ciudad á merced de sus enemigos; pero ¿acaso era posible ya la lucha contra estos?

Mendoza, descontento porque se había dejado huir al

(1) Véanse las *Memorias* de Cheverny (Michaud et Poujolat, I, X, 486.

rey, escribía á su soberano: «No habiendo estallado la bomba, como se esperaba, las cosas se encuentran en tan mala situación que será difícil llevarlas á feliz término.» El mismo Guisa conoció, aunque tarde, la falta que había cometido usando inoportunamente de clemencia, despues de haber dado tantas pruebas de audacia. *El día de las barricadas*, es decir el 12 de mayo solo fué útil á los enemigos de los Guisais, es decir á los protestantes, facilitándoles el apoyo que, en breve, había de prestarles la monarquía legítima.

Irritado el de Guisa, persiguió con su caballería al fugitivo, y Enrique III no tuvo aun valor para romper abiertamente con aquel enemigo; por el contrario, procuró reconciliarse con él y atraerlo á su causa. El débil monarca separó de su lado á los que hasta entonces habían sido sus consejeros, revocó una multitud de edictos sobre contribuciones y convocó para setiembre los Estados generales, prometiendo someterse dócilmente á cuanto estos acordaran. Pero Enrique de Guisa y Mendoza no se dieron por satisfechos, pues querían arrebatar al desconfiado monarca todo su poder. Con lágrimas en los ojos firmó Enrique III en Ruan, en 15 de julio, el «tratado de union», que llenaba por completo las esperanzas y aspiraciones de la Liga. El monarca prometió en él dedicar todas sus fuerzas á la extirpación de la herejía y excluir del trono á todos los pretendientes que no fuesen católicos; sancionó todas las decisiones tomadas por los tribunales de la Liga y cedió á esta, como plazas de seguridad, las mas importantes ciudades del Centro y del Norte de Francia. El cardenal de Borbon fué reconocido como presunto sucesor de la corona y el duque de Guisa recibió el mando supremo de todas las tropas reales. El rey solo se había negado á volver á Paris; pero de hecho había abdicado en favor de sus mas peligrosos adversarios. No le quedaba mas que lo que no pudieron arrebatarle ni el de Guisa ni Mendoza, á saber: la inviolabilidad de su real persona, y la consideración de que aun gozaba á los ojos de algunos millones de buenos franceses.

Precisamente entonces, en aquellos días en que tan brillante triunfo se había conseguido, cuando Mendoza escribía á su soberano que con auxilio de España «despues de realizada la empresa contra Inglaterra, que, gracias á Dios, no puede tardar mucho» se inutilizaría por completo á Enrique III, precisamente entonces, las esperanzas y las fuerzas de Felipe II sufrían un terrible golpe.

Con espanto habían reconocido Isabel y sus ministros que la doblez de Felipe les había llevado al borde del abismo y que estaban amenazados de un peligroso ataque (2); y en efecto, nada hubiera podido salvarles si la escuadra española, sorprendida por una tempestad, no hubiese tenido que permanecer durante seis semanas en los puertos de su país. En este intervalo, Isabel, con febril actividad y ayudada por el espíritu belicoso de los ingleses y por la buena disciplina militar á que desde hacia muchos años estaban sometidas sus milicias, hizo los preparativos necesarios, logrando reunir un ejército de 50 á 60,000 hombres. Era, sin embargo, dudoso que estas fuerzas pudiesen resistir á los veteranos españoles, y en cuanto al general en jefe, para cuyo cargo había Isabel escogido, en su obstinación mujeril, á Leicester, no podía compararse, no ya con Alejandro Farnesio, sino

(2) Entre los autores modernos, el que da los pormenores mas completos acerca de la lucha entre la armada Invencible é Inglaterra, es Mottley (Londres 1860), II, 365. En él encontramos datos completamente nuevos, pero, en cambio, muestra gran parcialidad contra todo lo que lleva el título de monarquía. Véanse sobre esto las observaciones de Maurenbrecher en su obra *Inglaterra y la época de la Reforma*, págs. 114 y 138. Es tambien digna de estudio la narración de Cabrera (tom. III, pág. 292), el cual, por haber acompañado á Farnesio, refiere la mayor parte de los sucesos como testigo ocular.

con el conde de Mansfeld, uno de los lugartenientes de este. Además, temíase, y no sin razón, un levantamiento de los católicos ingleses, en cuanto la presencia de los españoles en Inglaterra les diera ánimo y les ofreciera probabilidades de éxito. La confianza de los elementos oficiales ingleses descansaba en la escuadra destinada á impedir el desembarco del enemigo. La reina, en sus esperanzas de paz y alentando una seguridad un tanto falsa, no había aumentado la marina de guerra, compuesta solo de 34 buques, que en conjunto medían 12,000 toneladas, es decir la mitad de lo que mide un gran vapor moderno. Felipe, sin embargo, tenía que habérselas, en Inglaterra y en los Países Bajos, con un enemigo, con quien no contaban sus diplomáticos ni sus generales, y mas difícil de vencer que los monarcas y las tropas regulares, á saber, con un pueblo audaz y amante de sus libertades. Las ciudades inglesas y los particulares que conocían y apreciaban en su justo valor los difíciles acontecimientos que iban á ocurrir, y eran decisivos no solo para Inglaterra, sino para el mundo entero, aprestaron en pocos meses 163 transportes armados que apoyaran á la reducida marina de guerra del Estado. La mayor parte de aquellos 197 buques eran pequeños, pero estaban dotados de fuertes tripulaciones (15,870 hombres), compuestas de los mejores, mas valientes y mas hábiles marineros de aquel tiempo, gente audaz que se había adiestrado en la lucha en los barcos corsarios y que despreciaba al orgulloso soberano. Además tenían la gran ventaja de conocer perfectamente los peligrosos mares en que debía trabarse la lucha. La escuadra inglesa estaba mandada por el gran almirante lord Howard, que tenía á sus órdenes á los principales marineros de la nación, tales como Drake, Hawkins y Forbischer.

La armada Invencible que, empujada por un viento favorable, había abandonado por fin las costas españolas en 22 de julio de 1588, se aproximaba á Inglaterra. Desde luego se vió que la lucha se presentaba en condiciones desiguales; así es que los ingleses evitaron entrar en un combate decisivo, que hubiera podido ser funesto para su patria, dada la superioridad en número y armamento que sobre ellos tenían los españoles, y se limitaron á causar daño al enemigo en combates parciales. Los pesados galeones españoles fueron continuamente atacados por los ligeros y bien conducidos buques ingleses, sin que aquellos pudieran nunca conseguir ninguna victoria formal sobre estos (1). Entonces Medina Sidonia, que había sufrido grandes pérdidas, se dirigió á Calais, donde quiso conferenciar con Farnesio acerca de lo que convenia hacer; pero este no se encontraba dispuesto todavía, y habiendo Drake enviado algunos brulotes contra la armada española, el inexperto almirante castellano se vió en tal apuro que mandó cortar los cables de las áncoras y llevó á sus buques mar adentro. Entonces un fuerte viento del Sudoeste empujó las embarcaciones al canal, en donde chocaron unas contra otras, siendo muchos transportes arrojados á los bancos de arena y escollos de la costa, mientras los ingleses que se encontraban cerca de la escuadra española se aprovechaban de la situación en que se veía para lanzar sobre ella certeros proyectiles. Medina Sidonia no vió otro medio de salvación que abandonar sus colosales buques al viento Sur que había de llevarles á la punta septentrional de Escocia. En vano Farnesio le aconsejó que no intentara, en el mal estado en que se encontraban sus naves, regresar á España desde Escocia, y que no pudiendo permanecer en el canal, á causa de las tempestades y de la falta de puertos, se dirigiera á Emden ó á las ciudades Anseáticas, donde po-

(1) Una animada descripción de esa lucha hecha por un testigo ocular la encontramos en el *Diario de los sucesos de la Invencible Armada*; Colección de documentos inéditos, XIV, 449 y XLIII, 417.

dria proveerse de pilotos y de víveres, combatir durante el invierno á los holandeses y ponerse en condiciones de intentar de nuevo, durante la primavera, la empresa contra Inglaterra (2). Esto hubiera sido ciertamente lo mas lógico, pero Medina Sidonia estaba tan aturrido que su único deseo era volver á España, razón por la cual concibió aquel atrevido proyecto.

De esta suerte desapareció el peligro para Inglaterra. Entonces acudieron á millares los voluntarios, y la reina se presentó armada y montada á caballo en el campamento de Tilbury; pero todos estos preparativos militares eran ya innecesarios. Mientras los marineros ingleses volvían contentos, por haber salvado á su patria, á los puertos de su país, para refugiarse en ellos contra el furor de los huracanes, los colosales españoles averiados, en el mayor desórden y sin pilotos se fueron á pique en las costas de Escocia, Noruega é Irlanda. La Invencible quedó, pues, destruida por completo; pues aun cuando lograron, en setiembre, llegar á España 50 buques con unos 10,000 hombres, las averías que habían sufrido eran tales que no pudieron ya ser utilizados. En cambio, de las embarcaciones inglesas ni una sola había sido apresada ó echada á pique. Con razón se censuró en España duramente al de Medina Sidonia que se había mostrado completamente inepto como marino y como general; pero ¿no procedía censurar con igual dureza al monarca que le había puesto al frente de tan importante empresa, y que había dispuesto su realización de un modo tan absurdo y precipitado (3)?

Veinte mil hombres y veinte millones de ducados fueron inútilmente sacrificados en aquella expedición; y además el naufragio de la armada significaba el de todo el sistema político de Felipe II. Sus muchos planes, que abarcaban toda la Europa, habían sido por aquel rey compendiados en la gigantesca expedición contra Inglaterra: Felipe había puesto todos sus esfuerzos en una empresa; de suerte que habiendo esta fracasado, había sufrido una derrota de la que difícilmente podría consolarse. En aquel tempestuoso día de agosto de 1588, los marineros ingleses salvaron la libertad civil y religiosa de su país, de los Países Bajos, y podemos decir de todo el mundo civilizado si atendemos al porvenir, librándola de las garras del despotismo terrenal y espiritual de la monarquía universal española (4).

Y decimos esto, no solo porque tan inaudita derrota envalentonó á todos los enemigos de España y porque Inglaterra figuró desde entonces entre los mas decididos adversarios del rey católico, sino porque los recursos económicos y militares de España sufrieron entonces un gran quebranto, del cual debían resentirse durante mucho tiempo. Los millones en oro, y los millares de hombres que habían quedado sepultados en los mares ingleses no podían ser en breve plazo reemplazados. El esplendor de España, como potencia marítima, había desaparecido para siempre, y el edificio gigantesco levantado por Felipe II cayó, quizás bajo el peso de su misma grandeza, en el momento en que el rey pensaba poder coronarlo!

La alegría fué general entre los protestantes de Europa y aun entre los *políticos* de Francia. Decíase que el mismo Farnesio se había negado á obedecer (5) al monarca español: tambien el papa Sixto V, perdido el temor que España le inspiraba, se negó á pagar los millones de escudos que, según lo pactado, se había ofrecido á suministrar para el apres-

(2) Cabrera, III, 301.

(3) Así se reconoció entonces. Cabrera, III, 302.

(4) Quien salvó todo esto, suponiendo que todo esto se salvase, fueron los huracanes y la mala dirección de Felipe II. (*N. del T.*)

(5) Guisa á Mendoza, 21 de setiembre, y Mendoza á Felipe II, 24 de setiembre de 1588: De Croze, II, 361, 364.

to de la escuadra, y dirigió además duras reconvencciones á Felipe II (1).

Este, al tener noticia del desastre, no perdió nada de su calma habitual y procuró engañarse á sí mismo y á los demás por la parte que en él le había cabido, debida á su loca precipitación y á la mala elección que había hecho para el cargo de almirante. «Doy gracias á Dios, dijo, que me ha dado medios para sobrellevar esta pérdida, y opino que nada importa que se hayan cortado las ramas mientras quede en pie el árbol á que pertenecian, y del cual han de brotar otras nuevas.»

Pero, en realidad, no era esto así: el árbol había sido herido hasta lo mas profundo, y desde 1588 no floreció en él



El duque Enrique de Guisa

ninguna empresa de Felipe II, contra quien se levantaron dos poderosos adversarios: Mauricio de Nassau y Enrique de Navarra.

CAPITULO IX

DECADENCIA DE ESPAÑA: ENRIQUE IV Y MAURICIO DE ORANGE

Asesinato de Enrique de Guisa.—Muerte de Enrique III.—Advenimiento de los Borbones.—Enrique IV.—Victoria de Ivry.—Farnesio en Francia.—Victorias de Mauricio de Orange.—Victorias de Farnesio contra Enrique IV.—Los Estados generales de la Liga.—Ingreso de Enrique IV en el catolicismo.—Toma de Paris por Enrique IV.—Derrota de España.—Enrique IV y el Papa.—Reconciliación del Papa con Enrique.—Guerra franco-española.

La ignominiosa pérdida de la armada Invencible dió mucho ánimo á los enemigos de la Liga en Francia, donde el rey Enrique III se inclinaba visiblemente cada vez mas á los *politicos*. El suceso que mas llamaba la pública atención, en otoño de 1588, era la elección de los delegados para los Estados generales que habían de reunirse en Blois.

Sin embargo, todavía se dejaban sentir los efectos de las agitaciones de la última década. El de Guisa envió á las pro-

(1) Hübner: *Sixto Quinto*, tomo II.

vincias algunos agentes que, con gran éxito, trabajaron contra los esfuerzos del rey, y creyó que podía despreciar los avisos que de diferentes partes, y tambien del rey de España, le llegaron participándole que se trataba de atentar contra su vida, porque sus amigos y sus tropas eran prepotentes en Blois y en sus alrededores, y además porque se había atraído á su causa á la mayor parte de aquellos que podían servir para tal crimen. «Si comienzan, escribía á su aliado Mendoza, yo acabaré, y acabaré ciertamente de un modo mas decisivo que en Paris.» Por lo demás creía al rey demasiado cobarde para tomar decision tan extrema.

En 16 de octubre de 1588 abriéronse en Blois los Estados generales. El rey prometió nuevamente hacer cuanto en su mano estuviera para acabar con la herejía y cumplir fielmente todos los acuerdos de los Estados, los cuales, en cambio, debían reconocerle como rey. Sin embargo, los Estados, excitados y trabajados por los Guisas, no mostraban deseos de someterse al monarca, pues en ellos preponderaban las tendencias de la Liga, democráticas y antimonárquicas (2); así es que solicitaron se diese fuerza de ley á sus acuerdos sin que el rey ejercitara el derecho del veto. Pidieron tambien que habiendo disminuido en un triple el valor de la moneda, las contribuciones volvieran al estado en que se encontraban en la época de Luis XII; y al paso que así se querían disminuir las rentas reales, exigían del rey que hiciera una guerra enérgica contra los hugonotes. Un aliado de los liguistas, Carlos Manuel de Saboya, aprovechó aquel momento para apoderarse de un territorio que le había sido prometido en el tratado de 1585 y era el marquesado de Saluzzo, perteneciente hasta entonces á la Provenza francesa. Esta usurpación en plena paz indignó á todos los patriotas franceses y al rey, no solo contra el saboyano, sino tambien contra todos sus amigos de la Liga. El de Guisa era el alma de los Estados generales, cuyos mas radicales acuerdos defendía apasionadamente, aun contra la voluntad del monarca; pero Enrique, por cuyas venas corría la sangre italiana de su madre, quiso vengar de un solo golpe en la persona de su odiado adversario, «el rey de Paris» como solía llamarle y á quien se atribuían proyectos criminales de regicidio, la violencia y el ultraje á que le había sujetado. Así es que en 23 de diciembre de 1588 mandó asesinarle por su guardia de corps (3). El hermano de Enrique, el cardenal de Guisa, fué tambien asesinado, y otros parientes suyos, como el cardenal de Borbon, candidato al trono que presentaban los liguistas, el arzobispo de Lyon y otros muchos caudillos que formaban parte de los Estados generales fueron reducidos á prision. Habíase querido herir á toda la familia de los Guisas, pero algunos de sus individuos lograron evadirse. Catalina de Médicis, que hacia tiempo se encontraba delicada de salud, espantada entonces por la repentina audacia de su hijo, falleció catorce dias despues de estos sucesos (6 de enero de 1589). Enrique pareció haber conseguido su objeto; los Estados generales, quebrantados y privados de sus jefes, se mostraron sumisos y se separaron sin protesta alguna y dando muestras de la mayor obediencia. Estos acontecimientos produjeron otro efecto en las grandes ciudades.

La noticia de lo acaecido en Blois causó en Paris un furor indescriptible, reconociéndose allí por soberano, no al rey. «al sardanápalo, al enemigo de la Iglesia, al tirano, al

(2) Ch. Labitte. *De la democracia entre los predicadores de la Liga* segunda edición (Paris, 1866). Este excelente trabajo de este joven erudito, que por desgracia murió en edad temprana, se funda en una investigación minuciosa llevada á cabo con gran tacto y talento.

(3) El mejor trabajo sobre estos sucesos es la *Relacion de la muerte del duque y cardenal de Guisa por sir Miron, médico de Enrique III*. Michaud et Poujolat, I, 1, 332.

hipócrita asesino,» sino al duque de Mayena, que era el hermano que seguía á Enrique de Guisa. La Sorbona declaró al pueblo francés libre de la fidelidad jurada á Enrique III; y esta decision fué comunicada por los parisienses á las demás ciudades, exigiendo al propio tiempo de ellas que se uniesen estrechamente á la capital; intimación que obedecieron los grandes centros, cuyos diputados fueron aceptados en el Consejo de la Liga que el de Mayena organizó en Paris. El duque hubiera podido entonces ceñirse la real corona, pero espíritu apocado, amante de la tranquilidad, sin las brillantes dotes de su padre y sin la ambición y popularidad de su hermano, se contentó con tomar el título de lugarteniente del reino, aliándose desde luego con el protector de los

intereses católicos en Europa, con Felipe II. El Papa excomulgó á todos los que habían tomado parte en el asesinato del de Guisa.

Entonces estalló entre la Liga y el rey la guerra que durante tanto tiempo se había querido evitar, y por cierto en circunstancias muy desfavorables al monarca, el cual se veía poco menos que aislado en Blois, cuya ciudad y alrededores guarneció con 5 ó 6,000 hombres que constituían todo su ejército.

Enrique III se hubiera visto irremisiblemente perdido, á no haber existido en Francia un poder al cual siempre había combatido enérgicamente, á saber, el partido hugonote, capitaneado por Enrique de Navarra.



La Armada invencible. (Copia de un grabado en cobre de F. Hogenberg)

Enrique de Navarra se había contentado hasta entonces con sitiar plazas de escasa importancia; pero desde aquel momento concibió el atrevido plan de penetrar hasta la Turenna, y una vez allí, en el corazón de la Francia, con 6,000 valientes veteranos, fieles á sus convicciones y confiados en Dios, proponer á su pariente, el rey, una alianza contra el enemigo comun, es decir contra la Liga. Era natural que Enrique aceptara tales proposiciones.

En efecto, en 3 de abril de 1589 firmóse entre los reyes de Francia y de Navarra un tratado que si bien llevó el nombre de armisticio, era en realidad una verdadera alianza. En virtud de aquel tratado el uno prometió auxilios y el otro tolerancia, realizándose por fin la alianza lógicamente necesaria entre el trono y el heredero de la corona, el caudillo de los hugonotes, contra la oposición feudal y democrática de los liguistas.

Las cosas habían llegado á tal extremo que la union de la monarquía con los protestantes no causó terror alguno á los católicos moderados; antes al contrario, en cuanto ondeó la bandera azul del monarca con las doradas flores de lis, contra la cruz roja de los loreneses, toda la nobleza leal

de Francia se agrupó en torno de la primera. Los protestantes suizos y alemanes, que hasta entonces no habían querido combatir contra el rey de Francia, su aliado y amo, acudieron en masa á auxiliar á sus correligionarios. Animado por el apoyo que de todas partes se le daba, atravesó el rey, en el mes de mayo, el Loira, derrotó á los liguistas en Senlis, y comenzó el sitio de la capital, cuya población estaba excitada por un monitorio pontificio, por el cual se intimidaba á Enrique, bajo pena de excomunion, que dentro del plazo de quince dias se presentara en Roma ante Sixto V.

Aquella era la época en que las pretensiones del Papa á la soberanía universal habían tomado nuevamente gran fuerza; en que Roma sostenía el derecho, no solo de declarar nulas las leyes dictadas por las autoridades temporales, sino tambien de publicar directamente leyes civiles; en que el celoso partidario de la infalibilidad pontificia, el cardenal Belarmino, veía incluida en el Indice su obra *De Summi Pontificis Potestate*, porque en ella sostenía que el Papa solo indirecta, y no directamente, tenía potestad sobre los príncipes y los Estados, y que únicamente en casos extraordinarios podía destituirlos, teoría que Sixto V consideró demasiado